

SEÑALES DE CRISIS

Gericke se quedó en Barranquilla para trabajar en la sucursal local. Yo tomé el avión después de unos pocos días, río Magdalena arriba, y llegué a tiempo y sin incidentes a Medellín.

Durante la estadía en Barranquilla visité la tumba de mi amigo y excolaborador Robert M. Remer, que había fallecido por un accidente: mientras nadaba en Puerto Colombia saltó de cabeza en aguas pocas profundas y al hacerlo se rompió la columna vertebral.

Durante la asamblea general en Medellín se decidió por voto unánime de los accionistas el aumento del capital bancario a cinco millones de pesos, con lo cual el Banco Alemán Antioqueño superó a los demás bancos del país en cuanto a potencial de capital. Las transacciones experimentaron a continuación otro fuerte incremento y alcanzaron su tope durante los siguientes seis meses. El personal del banco se había incrementado, hasta alcanzar cerca de trescientas sesenta personas, de las cuales sesenta eran alemanes y el resto colombianos. La cuestión de personal, es decir, la de ocupar los puestos directivos, era nuestro mayor problema, y después de la crisis de 1923 casi el único. El volumen de los negocios aumentaba con constancia nuestra demanda de personal. Con la vinculación de bancarios de mayor edad aparentemente experimentados tuvimos suerte solo en unos pocos casos. Más segura era la formación de gente joven en la institución, pero exigía una gran inversión de tiempo. Pronto, sin embargo, las dificultades de reclutamiento de personal serían eclipsadas por preocupaciones de otro tipo.

Poco después de sesionar la asamblea general me vi obligado a una visita de inspección a la sucursal de Bucaramanga. De alguna manera no estábamos satisfechos con la dirección de ella por Rupertus, aunque no le podíamos plantear reproches concretos. Incluso después de revisar el lugar y la sucursal yo no estaba en condiciones de decir algo, a pesar de mi sensación de que algo estaba mal. Partí con un sentimiento de insatisfacción y la decisión de repetir mi visita lo más pronto posible.

Personalmente este viaje, en el que tuve dos accidentes, casi me cuesta muy caro. De nuevo recorrí el trayecto de Puerto Berrío a Puerto Wilches en

avión. Estaba lloviendo cuando bajé al río cerca del hotel en Puerto Berrío; el avión saldría temprano en la mañana. Como el vuelo solo duraba cerca de media hora y hacía frío, era necesario usar mi gabardina y las suelas de mis zapatos se habían puesto resbaladizas por el camino barroso recorrido. En Puerto Wilches, cuando me disponía a bajar del avión a la costa, resbalé con mis suelas lisas en uno de los escalones metálicos y caí al río.

Durante un momento el aire debajo de mi abrigo actuó como un cinturón salvavidas, de tal manera que no sumergí la cabeza en el agua y tampoco, creo, perdí mi sombrero. Pero enseguida los bolsillos del impermeable comenzaron a llenarse de agua. Sentí cómo aumentaba el peso, sin embargo no me lo podía quitar. Nadé con todas mis fuerzas, y por suerte la fuerte corriente me ayudó a entrar en una bahía, en cuya orilla encontré apoyo y con los pies pisé el fondo. Un momento después manos diligentes me ayudaron a subir a la ribera.

Todo duró solo unos pocos minutos y ‘atterricé’ quizás a escasos treinta metros del avión. El portafolio y el paraguas, que llevaba en la mano al bajar, los encontré secos, no habían caído al agua, sino sobre el ala o ‘armazón de flotación’ del avión. Me cambié de ropa en una pequeña cabaña de madera del ferrocarril y pude proseguir mi viaje con ropa seca.

El segundo accidente sucedió en el vuelo de regreso de Bucaramanga. El avión que debía llevarme hasta el kilómetro dieciséis del ferrocarril estaba a punto de cruzar el profundo valle del río Lebrija cuando el único motor empezó a traquetear y perdimos altura. Por suerte, el piloto pudo girar enseguida y así pudimos regresar de nuevo a la altiplanicie de Bucaramanga; con el motor cada vez más débil aterrizamos felizmente en el campo de aviación, aunque de forma bastante abrupta. Se comprobó que un cilindro había fallado; el perfecto debería haberse notado antes del despegue y el ingeniero jefe de Scadta, Schnurrbusch, que había estado también como pasajero, responsabilizó al personal con serias acusaciones. Luego de reparar el daño, lo que no demoró mucho tiempo, reiniciamos nuestro viaje, esta vez sin ningún contratiempo.

Poco después de haber regresado a Medellín, precisamente el 8 de octubre de 1927, falleció el anciano señor Held en Bremen. A pesar de que su deteriorado estado de salud le había impedido dedicarse a los asuntos del banco a fondo cada vez más, como era su deseo, hasta el día de su muerte fue un factor importante en la gestión de estos. Para mí había sido el representante decisivo de todos los interesados no colombianos en el banco, y sus consejos me fueron siempre valiosos. ¡Quizás hubiera sido posible vencer las dificultades que nos esperaban en una forma más favorable si él hubiera estado con vida y buena salud! Por otra parte, creo que su influencia y reputación también habrían fallado frente a las nuevas corrientes hostiles al banco que estaban surgiendo en el país.

Que había peligro en ciernes, se lo pude decir personalmente durante mi visita a Bremen. El peligro amenazaba en especial debido a la envidia competitiva de los otros bancos, que no nos podían perdonar nuestro rápido auge, y por el nacionalismo creciente de ciertos círculos, los cuales comenzaron a criticar que en el banco, convertido en el más importante de Colombia, la influencia extranjera era demasiado fuerte. En cierto modo, aunque en menor grado, estas tendencias estuvieron siempre presentes y siempre nos habíamos cuidado de no ignorarlas, pero habíamos esperado contrarrestarlas mediante un estricto cumplimiento de las leyes, así como a través de una cuidadosa consideración de los intereses del país y de la clientela; además, la posición del Consejo de Supervisión colombiano era muy importante e influyente y de ninguna manera con características de testarros. Sin embargo, todo esto no sería suficiente a la larga para garantizarle al banco una futura evolución tranquila en su habitual rumbo.

En noviembre de 1927 Elisabeth regresó en el vapor Rugia y, en combinación con una visita a las sucursales de Cartagena y Barranquilla, fui al encuentro de ella y el niño. Había traído como ayuda doméstica a una joven niñera alemana, la “hermana Gretel”, quien solo cumplió de forma moderada las expectativas esperadas. Hicimos el viaje río arriba en el vapor fluvial, esta vez sin percances.

En Medellín nos fuimos a una casa nueva, en la calle Darién, entre las carreras Cuba y Ecuador, en el también nuevo barrio El Prado, ubicado en una colina. La casa era luminosa y aireada. En la cocina, Paulina se hizo cargo otra vez de su actividad habitual.

Poco después de finalizar 1927, año que había sido muy exitoso para el banco, se presentó en Medellín una comisión de la Superintendencia Bancaria, la autoridad de control bancario estatal, para una de sus habituales revisiones. Pero, desde el primer día nos dimos cuenta de que esta no era una revisión común, sino que la comisión estaba en una posición hostil contra nuestra entidad. Tiempo atrás me había llegado una advertencia confidencial de Bogotá según la cual los antiguos bancos de la capital habían solicitado a la Superintendencia, al parecer en forma secreta, hacer algo para impedir o dificultar el crecimiento del Banco Alemán Antioqueño, “que no podría alcanzar con cosas correctas”. Yo no tenía presente ningún delito que el banco pudiera haber cometido, por lo tanto vi el peligro venidero con tranquilidad, aunque sin subestimarlos.

Por desgracia se presentó una circunstancia, que le otorgó a la comisión en Medellín un pretexto para hacer su acción aún más agresiva. Otra comisión había inspeccionado la sucursal en Bucaramanga, cuyo gerente, Rupertus, había viajado poco antes en licencia a Alemania. Un breve tiempo antes de su partida había realizado varios asientos que despertaron las sospechas

de su sucesor, pero esta misma inteligencia no fue suficiente para informar a Medellín enseguida al respecto. Así sucedió que la comisión de la Superintendencia, a la cual estos asientos también le llamaron la atención, informó sobre este particular en primer lugar —y por supuesto no a mí— a sus superiores en Bogotá, quienes pasaron el informe de manera exagerada.



La familia Sitarz en enero de 1928

Partí para Bucaramanga, donde la Superintendencia había terminado su inspección, y hube de constatar que nuestro aparentemente fiel y honorable Heinrich Rupertus había sido una persona deshonesto y muy astuta. Había realizado negocios particulares, lo que no habría sido objeción si no hubiera retirado el dinero necesario para ello de las cajas del banco. Como contravalor colocó su recibo en la caja registradora, obligando al cajero a hacerlo figurar como dinero en efectivo en el registro de los importes de caja y con ello también en los informes a Medellín. Cuando él esperaba una visita de inspección, siempre había logrado restituir a tiempo el dinero, de tal manera que sus manipulaciones no habían sido descubiertas.

Incluso la Superintendencia no lo hubiera sabido si uno o dos empleados de la sucursal, que habían sido cómplices voluntarios o no de Rupertus, no hubieran delatado el asunto. Debido a esto, no solo se descubrieron dos cuentas ficticias que habían sido manejadas por Rupertus, sino también una serie de estafas más pequeñas que había cometido, cargando montos a la cuenta de gastos del banco que no se habían realizado sino que él había malversado.

Con excepción de los falsos débitos de la cuenta de gastos, no se había producido perjuicio material alguno ni para el banco ni para alguna otra persona, pero tal perjuicio fácilmente podría haberse generado, y en un monto considerable, si uno de los negocios privados que Rupertus había realizado con el dinero del banco hubiera fracasado. Tarde o temprano este hubiera sido el caso, dada la naturaleza especulativa de esos negocios, sin embargo hasta ese momento la coyuntura general ascendente de aquellos años se había encargado siempre de un desenlace feliz.

Por lógica, la cuestión Rupertus debió haber finalizado con su despido y el gravamen de los montos sustraídos de la cuenta de gastos a su cuenta particular, en la cual había por suerte un saldo positivo lo suficientemente grande. Pero esto no fue el sentido que le dio la Superintendencia Bancaria; en lugar de darle al caso Rupertus la importancia que merecía, es decir, la del yerro lamentable de un gerente de sucursal aislado, generalizó la cuestión y habló de corrupción en la dirección alemana del banco. Bajo este pretexto se inició una agotadora investigación, que se remontó a años atrás, de las cuentas bancarias de todos los principales empleados alemanes del banco y de la correspondencia llevada entre estas personas y la sucursal de Bremen. Estas investigaciones, que se extendieron durante meses y que de ninguna manera se llevaron a cabo de forma discreta, finalizaron en que la Superintendencia confesara abiertamente a la Junta Directiva de Medellín que la actuación de todos los directores alemanes del banco, exceptuando a Rupertus, había sido impecable. No obstante, ese no fue el final del caso de la Superintendencia Bancaria contra el Banco Alemán Antioqueño.

Hubo de admitirse que no había ninguna crítica contra el carácter personal de los directores alemanes, como tampoco contra su forma de actuar comercial, pero habían cometido el error imperdonable de intercambiar correspondencia en idioma alemán. Además, la sucursal de Bremen, que estaba sometida por lógica a la legislación alemana, no se había atenido en todos los casos a las leyes bancarias colombianas, lo cual tampoco podía hacer, y finalmente, el banco había creado unos años antes —con total conocimiento y beneplácito del primer director de la Superintendencia fundada en 1923, el doctor Jesús M. Marulanda— una cuenta de reserva, la cual no había sido declarada como ganancia ni había pagado los impuestos correspondientes.

Esto último fue interpretado por la Superintendencia como intento de evadir impuestos. Nuestra solicitud de obtener el testimonio del doctor Marulanda fue denegada y se ordenó al banco pagar cincuenta mil pesos, que era el monto del impuesto, más una multa por el presunto pago atrasado. No hubo posibilidad de apelar contra este fallo arbitrario porque, según la legislación bancaria colombiana, las decisiones de las autoridades supervisoras bancarias eran definitivas.

La otra acusación de la Superintendencia, que la correspondencia oficial o semioficial era llevada en idioma alemán, finalmente se abandonó de forma silenciosa. Quedaban solo las imputaciones contra la sucursal Bremen y la Superintendencia decidió llevarlas hasta la última instancia. Su primera exigencia fue la clausura inmediata de la sucursal o separarla del banco. Después de largas y arduas negociaciones, que duraron más de un año, se alcanzó un acuerdo provisorio, según el cual se enviaría a un delegado de la Superintendencia a Bremen con gastos a cargo del Banco Alemán Antioqueño, para inspeccionar la sucursal y —durante el tiempo que la Superintendencia considerara adecuado— vigilarla. Para esta misión fue elegido el jefe de la comisión que había realizado la revisión en Medellín, un tal doctor Félix García Ramírez.

Aunque este hombre me era muy antipático y yo no le hubiera concedido justo a él esta fácil y agradable misión, bien remunerada, era quizás la mejor persona para el puesto considerando los intereses de la sucursal de Bremen. Venía del pequeño pueblo antioqueño de Retiro, era de estatura pequeña y de aspecto desagradable, y más o menos indio puro. Pobre y ambicioso, tenía todas las características de un picapleitos. El traslado a Bremen era un acontecimiento en su vida con el cual nunca hubiera ni siquiera soñado, y aunque había partido a Bremen, como indudablemente era el caso, con la misión y el firme propósito de depararle a la sucursal un pronto final, la importancia con la que fue recibido en Bremen y la agradable vida que llevaba allí cambiaron muy pronto su enfoque. El hecho fue que, de su parte, no se hizo nada para ponerle fin a la sucursal de una u otra manera. Si recuerdo bien, permaneció dos años en Bremen, tras lo cual sus autoridades le pidieron regresar.